# Las mujeres en la postmodernidad*

Félix Ortega

...la obligación moral no tiene una naturaleza o una
fuente diferente de la tradición, el hábito y la costumbre.
R. RORTY, *¿Esperanza o conocimiento?*, FCE, México,1997.

La esencia fundamentalmente más homogénea
de la mujer es necesariamente ahistórica.
G. SIMMEL, "Lo relativo y lo absoluto en el problema de los sexos",
en *Sobre la aventura*, Península, Barcelona, 1988.

La polis se diferenciaba de la familia
en que aquélla sólo conocía "iguales",
mientras que la segunda era el centro
de la más estricta desigualdad.
H. ARENDT, *La condición humana*.
Paidós, Barcelona, 1993.

## *¿El declive de las mujeres modernas?*

La situación de las mujeres de nuestra época es sorprendente. Como resultado de movimientos y presiones de toda índole, han ido integrándose en los diversos ámbitos que tradicionalmente se reservaban a los hombres. Se han incorporado a su cultura "objetiva" y a cuantas prácticas forman parte de la misma. Y lo han hecho, en muchos casos, demostrando una mayor competencia que los hombres. Al menos en los países desarrollados, esta incorporación no ha supuesto la pérdida por parte de la mujer de muchos de los valores y actitudes que esa misma tradición predicaba como propios de su cultura "subjetiva".

* Texto tomado de la revista *Claves de razón práctica*, núm. 101, abril, 2000. Agradecemos el permiso para su publicación.

Al mismo tiempo que tenía lugar este proceso, se configuraba otro, soterrado al principio y más explícito hoy, que venía a poner en entredicho que esta situación resultase ventajosa o positiva para las mujeres. Las críticas a lo que se tenía por progreso de las mujeres subrayan la perversidad y el riesgo de esta asimilación de lo femenino a lo masculino. Ciertamente, esta retórica no es nueva y tiene ilustres antecesores, casi todos ellos críticos a su vez de la modernidad. De manera que, a medida que las mujeres van haciendo suyos algunos de los ideales de la modernidad, se levantaban voces que señalaban lo negativo de tales logros. Es el planteamiento dominante en el proceloso marco de la postmodernidad.

Cabría pensar que estaríamos ante una estrategia más del mundo masculino para atrincherarse en sus posiciones de privilegio. Algo de esto hay; pero no sólo esto. Si se tiene en cuenta que abundan actualmente movimientos feministas que se mueven dentro de las mismas coordenadas, es necesario admitir que nos hallamos ante un proceso complejo y de resultados aún inciertos. De lo que no cabe ninguna duda es de que, a medida que las mujeres se han igualado con los hombres, se ha propagado la creencia de que el mundo de éstos ha entrado en una crisis imparable. Con lo que da la impresión de que son las actuales mujeres las principales valedoras de un mundo que ellas no han hecho y del que van a ser prontamente arrojadas por una historia incomprensible e imprevisible. Esto ha llevado a que bastantes estudios e investigaciones sobre la mujer hayan puesto especialmente de relieve bien los mecanismos perversos que subyacen tras cada conquista moderna, bien el carácter inadecuado de los modelos utilizados en la modernidad occidental para construir las identidades y el mundo de la mujer.

Plantearse hoy la situación de las mujeres implica, por tanto, no sólo preguntarse por cuál sea su actual condición, sino también por la condición humana en su conjunto. De la respuesta que se dé se derivarán consecuencias fundamentales para el porvenir de los seres humanos. No es mi intención centrarme en el análisis de las diversas propuestas (explícitas o implícitas) puestas en circulación. Pero sí conviene subrayar que algunas de las que se presentan a sí mismas como radicales suponen en la práctica la vuelta de la mujer a su mundo tradicional. No pocos planteamientos antropológicos, culturalistas y de la diferencia tienen en común el segregar un ámbito de valores y propiedades de la mujer tradicional que, no se sabe muy bien cómo, no estarían contaminados

por el dominante universo patriarcal. A partir de este *giro interpretativo*, les es posible una doble deslegitimación: la de que pueda existir un progreso femenino (entendido como apropiación de la esfera que era exclusiva del hombre) y la de que sea posible una emancipación femenina dentro del contexto de la modernidad.

### *De las obligaciones universales a la simpatía*

El embate más poderoso de la postmodernidad es contra la existencia de derechos universales. Como no sin ironía afirma R. Rorty, la vida ya es de por sí suficientemente dura como para que además vengamos a imponernos la pesada carga de obligaciones y derechos generalizados. En vez de éstos, Rorty propone la simpatía que vincula a unos seres humanos con otros. Es decir, la vuelta al conservadurismo político mezclado con ciertas dosis de romanticismo cultural: no hay más derechos que los que cada sociedad decide tener, ni más vínculo social que el derivado de la solidaridad mecánica. La propuesta no está nada mal para quienes ya han accedido a una posición que les permite hacer uso (o no) de los derechos universales. El problema reside en quienes no tienen más opción que someterse a la suerte que les depare un ordenamiento social que destierra la igualdad formal. Es el caso de las mujeres. Allí donde tal igualdad se ha convertido en un principio político y cultural, el destino de las mujeres, no ciertamente sin resistencias y dificultades, deja de adscribirse a su condición sexual para convertirse en resultado de sus logros personales. Por el contrario, allí donde se instala cualquier versión del particularismo y de la diferencia, la mujer es relegada de nuevo a (o no se le permite salir de) su condición tradicional.

A cada paso adelante dado por las mujeres se le ha opuesto algún tipo de retórica expresiva de sus consecuencias negativas. Analizaré varios de los procesos de cambio que han afectado de manera significativa a las mujeres para poner de relieve las reacciones suscitadas en el pensamiento postmoderno. Seguiré en este punto la conocida argumentación de A. O. Hirschman sobre "retóricas de la intransigencia", ya que, en definitiva, su análisis hace referencia a los principales derechos (universales) desarrollados en las sociedades democráticas; unos derechos que son ahora los que se discuten si convienen o no a la mujer.

El primero de ellos es la igualdad, que ha sido tardíamente reconocida de manera formal para las mujeres y que aún encuentra dificul-

tades importantes en la práctica. Las insuficiencias de la misma (que se reflejan especialmente en la incorporación femenina a los mercados laborales y en su posición en el espacio público) han llevado a plantearse una versión asaz sutil de la tesis de la perversidad: el abandono del hogar por parte de la mujer no ha contribuido a mejorar su posición, sino a exacerbarla, ya que la obliga ahora a compatibilizar hogar y trabajo sin que en ninguno de esos ámbitos pueda desempeñarse con eficacia y de manera gratificadora. Con ello, ha puesto en riesgo tanto el control como la seguridad y las satisfacciones derivadas de un medio favorable que le permitía cultivar como ningún otro esa "cultura subjetiva" que la caracterizaba; ha puesto en riesgo la "diferencia" que le permite distinguirse y distanciarse de un cosificado mundo masculino. En fin, tal igualdad en nada ha contribuido a modificar la lógica masculina de la dominación, con lo que la futilidad de su salida de un círculo que le era familiar queda puesta de manifiesto.

La libertad no ha corrido mejor suerte. Libertad, ¿para qué?, podemos preguntarnos parafraseando a un insigne revolucionario. Si por tal entendemos la capacidad de un sujeto para decidir sobre su propio destino, es obvio que la libertad sólo puede existir si se reconoce que hay un sujeto (cualquiera que sea la forma concreta que adopte su desarrollo) al que se le reconoce tal capacidad. En este punto, la crítica postmoderna es de un radicalismo a ultranza. No hay sujeto sino mero producto de estructuras y mecanismos que le trascienden. Cualquier libertad es ilusoria, anegada por los canales de un dispositivo social que del sujeto sólo hace un cuerpo disciplinado y sometido. Las mujeres no pueden ser excepción. Pero en el caso de que lo pretendan, emergen con toda su crudeza las retóricas que lo niegan. La libertad formal es perversa para las mujeres porque les hace descuidar aquellas instituciones y cualidades que les son más "naturales". La libertad formal es un riesgo porque, al generarles la ilusión de la elección, les sustrae de su ámbito primordial de la dependencia afectiva que tiene lugar en las relaciones inmediatas y cálidas del grupo primario. Y es además fútil porque van a seguir inmersas y dependientes de unas relaciones englobadoras y neutralizadoras del yo, cuales son las que se producen en la esfera de la vida privada. Los postmodernos, sin llegar a tal grado de explicitud, vienen a coincidir con uno de nuestros escritores actuales (Juan Goytisolo), el cual, al describir la situación de la mujer en algunos países islámicos (véase su libro *Estambul*), sostiene que, gracias

a la institución del harén, goza de tanta o mayor libertad que las modernas mujeres regidas por la lógica occidental.

La actitud hacia la razón es uno de los aspectos más reveladores de la sensibilidad postmoderna. No difiere demasiado de los planteamientos irracionalistas del pasado siglo en lo que concierne al papel de la razón en la vida de la mujer. Pero ahora, al sostenerlos contra toda evidencia, la lógica argumental se cambia. En efecto, considerada largo tiempo como ser pasional, el pensamiento más generalizado sostenía que la mujer era incompatible con la racionalidad, tanto la formal como la instrumental. Sin embargo, puesta en condiciones de demostrar lo contrario, ha dado pruebas abundantes de ello. Pero casi de inmediato han proliferado los discursos sobre los efectos perversos de tal tipo de racionalidad y de las innumerables ventajas de la denominada inteligencia "emocional". Perversidad de la razón ilustrada por cuanto que para las mujeres no supone más que incorporar a su existencia todos los efectos negativos (de los que al parecer estaban inmunes en la retirada intimidad) de una sociedad alienadora. Y además un riesgo porque, al volcarse en el cultivo del intelecto, pierde ese conjunto de cualidades emocionales, más importantes y necesarias para la vida cotidiana, y hasta para el éxito social, que ha sido privativo de ellas y que comienzan ahora a obliterar al ir en pos de una mujer "sin atributos". En cualquier caso, de poco o nada servirá que se empeñen en conseguir el desarrollo de su racionalidad en un mundo en el que ésta ha perdido su sentido; en un mundo dominado por el caos y el riesgo incontrolable. Parece como si las mujeres hubiesen llegado tarde al mundo racional, vuelto en nuestros días del revés.

Y además, todos estos anhelos, expectativas y motivaciones de la mujer por conseguir igualdad, libertad y autonomía: ¿tienen sentido?, ¿sirven para algo? Porque su significado ha de estar ligado a alguna forma, objetivamente mensurable, de mejora y de progreso. De no ser así sólo queda proclamar su sin sentido, o que tanto da una situación (la actual) cuanto la otra (la tradicional). Para aceptar que pueda darse algún tipo de progreso, es necesario admitir que hay objetivos valiosos y deseables *para todos*, y que su consecución, cuando sea necesario, implica trascender el plano de las relaciones sociales dadas. Pero si nada de esto se acepta, y se niega que existan obligaciones morales incondicionadas y que todo queda ligado a un entramado de relaciones en las que la suerte personal queda ligada al juego de la simpatía y la

sensibilidad, difícilmente podrá hablarse de progreso o de mejoras objetivas (y subjetivas). Si es cierto, como escribe Rorty, que el "lenguaje de los derechos humanos es una característica de nuestra especie, ni más ni menos que los lenguajes que insisten en la pureza racial o religiosa" (*¿Esperanza o conocimiento?* p. 99), habremos de abandonar toda esperanza. Pero más que nadie aquellos que gracias a tales derechos pueden liberarse de desigualdades e imposiciones ancestrales. Negárselos es devolverlos a un entramado relacional del que difícilmente podrán salir. Y lo importante no es que salgan o se queden sino que tengan la capacidad para decidir qué hacer, para tomar decisiones personales que les permitan quedarse o salirse de tal mundo racional. Y estas decisiones van más allá de la mera evaluación entre discursos alternativos, ya que afectan a la existencia real, a lo que cada uno quiere y puede hacer con su vida.

Reducir la vida social a relaciones es mantenerse en el nivel del sentido común. Y el sentido común, que sin duda alguna resulta importante para la vida cotidiana, esconde demasiados presupuestos dados por descontados en lo que concierne a la mujer como para que resulte absolutamente necesario criticarlos. Es la reafirmación de este sentido común lo que a la postre viene a hacer la postmodernidad tras su pretendido radicalismo.

### *El subjetivismo esencialista del sentido común*

La mayor parte de la crítica a las mujeres modernas procede de movimientos neofeministas (por supuesto postmodernos, pero también muy vinculados al viejo pragmatismo) que han puesto de relieve la inadecuación de las tareas asumidas por este tipo de mujer en detrimento de una mejor asunción y comprensión de lo que han venido siendo prácticas cotidianas de la mujer. Es decir, frente a la pretendida liberación consistente en incorporarse a las mismas situaciones de los hombres, lo que se reivindica ahora es que las mujeres tienen sus propias tradiciones, centradas en torno al cuerpo y la subjetividad, y que es de ellas de donde deben aprender para encontrar un genuino sentido a su vida. Frente a la salida hacia los espacios masculinos, el repliegue a los ámbitos femeninos parece ser el lema de estos movimientos. Con este repliegue, las mujeres conseguirían reapropiarse un ámbito que controlaban y estaban perdiendo, al mismo tiempo que desde él sería posible una

nueva forma de crítica a la lógica masculina, la propia de la cultura objetiva, del espacio público y de los valores asociados a ambas: la razón, el mérito, la competitividad, la cosificación, etcétera. Esta crítica es importante por cuanto contribuye a otorgar valor a aspectos de la existencia a los que, o bien se les prestaba escasa atención (porque se daban como algo implícito), o bien se les situaba en una escala muy por debajo del universo valorativo específicamente masculino. Asumir esta dimensión de la existencia e integrarla como una parte fundamental de la vida personal es incuestionablemente una forma de superar el indudable unilateralismo propio del mundo masculino.

Pero las dificultades aparecen cuando se pretende hacer de esta esfera, que llamaremos de la subjetividad, un centro autónomo y autosuficiente. Porque no es ni una cosa ni la otra. No es una esfera autónoma porque ha estado siempre referida a la otra, a la de la objetividad. A estas alturas, y utilizando la misma lógica postmoderna, es inconcebible pensar que subjetividad y objetividad no se encuentran mutuamente referidas. En este caso, en el de la mujer, la cuestión es si cabe presuponer que ha podido mantener un mundo propio independiente. Creer que el ámbito de la vida cotidiana de las mujeres, volcado en la subjetividad corporal y de los afectos, se ha mantenido incontaminado de la racionalidad masculina, es cuando menos pura ingenuidad o incapacidad comprensiva. Concebir el mundo moderno como un producto masculino y considerar que de él se libera el ámbito de subjetividad es una fantasía que sólo contribuye a su mejor reproducción. Si se parte, como hacen las críticas feministas postmodernas, de que la modernidad se debe a la lógica masculina, no ha de excluirse tampoco el ámbito de subjetividad. Es más: esta última, en la medida en que aseguraba tanto la reproducción cuanto un estricto control del ámbito privado (absolutamente necesario para permitir al hombre tener segura su retaguardia), estaba mucho más impregnada de aquella lógica, que venía a funcionar de manera silente, sutil y continuada. Replegarse a la vida cotidiana no puede significar para las mujeres su enriquecimiento, sino su total derrota, su alejamiento de cualquier posibilidad de cambiar su vida (y, por ende, la del mundo).

La subjetividad, además, es radicalmente insuficiente para cualquier estilo, modo o proyecto vital. Y lo es porque, en primer lugar, no puede prescindir de la dimensión objetiva. Si se renuncia a ésta, sólo se está renunciando a crearla, a influir en ella, pero no a ser colonizado por la misma. Y, en segundo lugar, porque nuestro acceso al mundo se

hace, desde el primer instante, en condiciones cargadas de significados intersubjetivos que orientarán cualquier posibilidad de desarrollo subjetivo. Estimar que podemos construir un reducto de libre acceso de la subjetividad es caer en una mistificación que contribuye a dejar más expuesta la subjetividad a un orden de realidad objetiva más penetrante y eficaz a la vez; más descontrolado y enajenante.

Porque, en definitiva, entendidas así las cosas, la mujer moderna que retorna a la subjetividad como fuente de sentido no haría sino ahondar aún más en lo que G. Simmel llamaba la tragedia de la cultura moderna. Conviene recordar al respecto su análisis. Parte de él se encuentra diseminado en los enfoques pretendidamente más postmodernos, cuando en no pocas ocasiones lo que Simmel está haciendo es poner de relieve un acendrado sentido premoderno acerca de lo que la mujer era precisamente en el momento en el que el feminismo estaba empezando a cuestionarlo. O, si se quiere, lo que Simmel escribe sobre la mujer es un perfil un tanto esencialista en íntima conexión con el sentido común (masculino); un perfil que es ahora retomado como si se tratase de una crítica inédita y superadora de la modernidad.

Simmel había entendido bastante bien el principal problema de la cultura moderna: la escisión entre el plano subjetivo y el objetivo; es la incapacidad para reconciliarlos, para que subjetividad y objetividad se recreen mutuamente, lo que origina el dilema y la tragedia de la cultura moderna. No hay independencia de ambos aspectos, ya que la perfección individual sólo puede lograrse por medio de la incorporación de elementos que están más allá del sujeto y que forman los productos espirituales objetivos. Allí donde la vida personal ya no es capaz de extraer su sustento del contenido objetivo, se torna estéril. Lo que emerge es una cultura subjetivo-formal que, desligada de vínculos con los elementos objetivos, se muestra incapaz de producir cultura. En este análisis, en el que resuenan no pocas de las tesis del Marx de los *Manuscritos*, Simmel plantea con rigor y contundencia la vieja "alienación" de la cultura subjetiva escindida de la objetiva y da un paso más señalando la inviabilidad de toda cultura así dividida.

Lo que sorprende, tras este planteamiento, es que Simmel emprenda un recorrido por la cultura femenina en la que no sólo da por supuesta esta separación de ambas esferas, sino que presenta a la mujer como irreconciliable con la cultura objetiva y, en consecuencia, atrapada en el inexorable esencialismo de una subjetividad sin capacidad de proyección

fuera de sí misma. Esta queda como un atributo especifico de los hombres, quienes, a su vez, concentrados en el mundo objetivo, carecen de desarrollo de su subjetividad. Este enfoque de Simmel sobre el mundo masculino coincide bastante con lo que posteriores investigaciones empíricas han puesto de relieve. Pero no con lo que ha supuesto para las mujeres su incorporación al mundo objetivo masculino.

Basándose en las criticas que el feminismo de su época hizo a la cultura objetiva como producto masculino, Simmel establece que es esta cultura la que los hombres han erigido en la única, en la representativa de lo humano en general, ocultando o deslegitimando la cultura subjetiva femenina. Una cultura que nos la muestra ambivalentemente. En efecto, puede representar otro producto más elaborado a instancias de los hombres. En la subjetividad femenina el hombre buscaría (poniendo a las mujeres en situación de proporcionarlo) aquello que desea y de lo que le ha privado la división del trabajo: lo que Simmel llama lo "femenino tradicional", una realidad que no es autosuficiente sino que se orienta hacia el varón y que a éste le proporciona la presencia de un ser homogéneo, que no desarrolla ni acentúa ningún atributo o contenido particular de su vida. Esta falta de diferenciación, acompañada de una mayor comprensión y sensibilidad, constituye para Simmel la auténtica cultura femenina, pero que no es una manifestación espontánea del "alma" de la mujer, sino el resultado de condiciones sociales concretas que le han conducido a replegarse a este ámbito como consecuencia de la unilateralidad objetivada de los hombres.

La otra perspectiva simmeliana consiste en esencializar esta peculiaridad histórica de la mujer. Hacer de ella todas sus posibilidades de ser. E, incluso, la dificultad que la mujer tendría para crear, a partir de ese ser homogéneo que es, una cultura objetiva especifica. De manera que cuanto tiene que ver con la significatividad, con el dar forma a algo externo al propio ser, queda reservado al hombre, mientras que la mujer queda referida a sí misma y a su cuerpo, que para Simmel no es otra cosa que la belleza. Su existencia, desarrollada a instancias de los hombres, acaba por convertirse en una esencia metafísica.

Las implicaciones de este análisis son fundamentales para la exclusión de la mujer de la racionalidad moderna. Esta sería su tragedia. La del hombre es la imposibilidad de hacer coincidir sus expectativas y exigencias ilimitadas con su capacidad de rendimiento limitado. La de la mujer consiste en sentir la vida como un valor que reposa en sí mis-

mo, desligada de toda relación medios-fines. Lo que hace de la mujer un ser totalmente inadecuado para adaptarse a las exigencias del mundo moderno, como el trabajo, ya que no hay para ella otra finalidad que la centrípeta, la que se vuelca sobre el ser interior. El hogar, como ámbito de desarrollo propio, y la pasividad, como actitud dominante, caracterizan a la mujer según Simmel. Es el hogar el ámbito privilegiado para un ser que como el de la mujer es unitario y, por tanto, no dispone de aptitudes especificas como las que las profesiones requieren. Cuando las desempeña, la mujer queda privada de un espacio y de unas cualidades de tipo medio que son consubstanciales con ella.

De otra parte, vuelta sobre sí misma, la mujer no necesita buscar fuera de ella (y de su hogar) aquellos elementos objetivos de los que tan necesitado está el hombre. La estructura de la mujer radica en una significación estrictamente interna que rompe con el típico dualismo masculino. La existencia de ella se expresaría exclusivamente en el dominio de la psicología subjetiva, más acá de toda teleología idealista y de toda realización pragmática. En consecuencia, la mujer no se construiría existencialmente, sino que la existencia es para ella la posibilidad temporal de desarrollar una esencia ahistórica. A diferencia de los hombres, sostiene Simmel, las mujeres no progresan ni se hunden, sólo actúan y sufren.

Este volverse de la mujer sobre sí misma para encontrar a su vida el único sentido posible tiene como correlato que el cuerpo de la mujer emerja como el símbolo más expresivo de su ser. Un cuerpo que manifiesta globalmente su ser unitario en el que se amalgaman subjetividad y objetividad en una entidad que resulta ser compleja, enigmática e indescifrable, precisamente por la falta de separación de planos como acontece en el hombre. Ello provoca un tipo de conducta propio de la mujer, la coquetería, que para Simmel es un ofrecerse y negarse alternativa o simultáneamente. Gracias a esta actitud, la mujer tiene en sus manos la capacidad de generar erotismo y a través de él, controlar a los hombres. Pero esta coquetería no debe ser confundida con necesidades sexuales de la mujer o al menos con necesidades que impliquen la presencia del hombre. Porque la sexualidad femenina descansa en ella misma, como no podía ser de otra manera en un ser unitario y por ello autosuficiente. La coquetería lo que viene a poner de relieve es que la mujer dispone de recursos propios adecuados para ejercer un dominio en las relaciones con los hombres precisa-

mente por ser autosuficiente y poder prescindir de ellos. La sexualidad se funde dentro de la unidad de ser y difícilmente puede compartirla con seres escindidos. De ahí que la coquetería venga a ser un sucedáneo de la sexualidad que a la mujer le permite entregarse a un gran número de hombres, pero nunca plenamente, porque su ser no es compatible con otros.

El análisis de Simmel es indudablemente la mejor anticipación de algunas de las tendencias actuales en torno a la mujer. Tendencias que, ligadas a la postmodernidad, proponen la primacía del mundo subjetivo, el mundo interior propio de la mujer, que es además irreconciliable con las exigencias y la lógica del mundo objetivo masculino. Ya no se trata tanto de criticar la concreta configuración que ese mundo objetivo ha conseguido a impulsos de la acción masculina, sino de sostener que *cualquier* mundo objetivo entra en contradicción con la irrenunciable subjetividad intimista de la mujer. Una entronización de un absoluto femenino que, sin embargo, no tiene correspondencia con la situación del hombre. Ya que a éste se le sigue reservando la dominación social, al tiempo que es esta dominación la que le posibilita asegurarse la reciprocidad femenina en el ámbito de la intimidad. O en otras palabras: estamos ante un individualismo típicamente tradicional a partir de unos presupuestos que, pretendidamente críticos y superadores de la modernidad, tan sólo contribuyen a frenar la salida de la mujer del ámbito privado, único que se le reconoce como específico, tanto en la premodernidad como en la postmodernidad. Cuando en realidad es éste el auténtico problema: el equilibrio de los sexos sólo puede pasar por convertir sus mundos en relativos, no aceptando la existencia de cualquier forma de absoluto, así como tratando de reconciliar las dimensiones objetiva y subjetiva para ambos sexos, condición indispensable para que pueda existir una cultura plena.

Es más y en este punto conviene seguir a Simmel, puesto que no hay cultura subjetiva posible sin creación y apropiación de la cultura objetiva, resulta bastante claro que el problema sigue radicando en la relación que las mujeres mantienen con el mundo de la objetividad. Porque a lo que asistimos, desde ópticas diversas, es a una valoración que hipertrofia la subjetividad femenina, debilitando, cegando o descalificando la necesaria continuidad de ella con el mundo de las producciones objetivas. De esta manera, más que estar ante una naturaleza homogénea, la mujer ha de habérselas con un mundo escindido en el

que o bien se le dificultan las posibilidades de reunificarlo o, cuando lo consigue, tales logros se presentan como un ataque a su ser absoluto (el "eterno femenino", si se me permite esta expresión *démodée*, pero muy significativa de los derroteros que está adquiriendo un cierto tipo de pensamiento sobre la mujer, que pasa por ser muy radical y no es sino radicalmente tradicional).

Reconocer la superioridad femenina en su dimensión subjetiva para mantenerla anclada en ella es entronizar en un absoluto ahistórico una creencia de sentido común, que en nada contribuye a resolver la situación de la mujer (como grupo ni como individuo) y que tampoco permite un cambio cualitativo de la situación del hombre. El dualismo mujer-hombre, que es innegable, no tiene por qué corresponderse con el dualismo subjetivo-objetivo. El necesario reequilibrio de este último dualismo, necesario para acabar (o al menos mitigar) la "tragedia de la cultura moderna", conduce inevitablemente al reequilibrio de los sexos en ambos mundos. Conviene por ello plantearse la existencia de los sexos no desde "absolutos" y "relativos" que acaban llevando el agua a los molinos de siempre, sino a partir de un análisis que sea capaz de trascender las diversas formas de esencialismo que, a veces solapadamente, oscurecen las discusiones sobre las mujeres en las sociedades modernas.

### *La "vida activa" como único mundo sustancial*

Resulta muy relevante para comprender algunas de las especulaciones acerca de la postmodernidad tener en cuenta sus pretendidos argumentos antiesencialistas. En efecto, sus "giros" culturalista (la realidad es una construcción social) y lingüístico (toda aprehensión del mundo es una mera cuestión lingüística) acaban con la distinción sujeto-objeto, intrínseco-extrínseco, para venir a establecer que no hay ninguna esencia, tan sólo una existencia relacional. En su versión pragmatista, este enfoque sostiene que por "humano" ha de entenderse, no una esencia con derechos inalienables, sino un proyecto de límites imprecisos pero prometedores. Ningún ser humano tiene una naturaleza intrínseca, sino tan sólo aquella que adquiere en el entramado de unas relaciones concretas. Hasta aquí es difícil no estar de acuerdo. Mas las discrepancias comienzan a partir del momento en el que la postmodernidad afirma que no hay nada más allá de la relación y que, por tanto, no es lícito

defender principio alguno que se sitúe fuera de la relación misma. Si se aceptan tales supuestos, se acaba por defender el equilibrio (por más cambiante que sea) previamente establecido que define a la relación, la cual, por otro lado, viene ya dada como un presupuesto existencial y cultural. Esto es, "ser arrojado al mundo" es aparecer dentro de una relación preestablecida. Y aunque toda relación tiene un indudable componente utilitario, es, por lo demás, un dato de experiencia que el desequilibrio y la desigualdad forman parte de la misma.

¿Es posible, sólo mediante el exclusivo juego de la relación, cambiar su naturaleza? La respuesta es diferente según entendamos la relación. Si la misma es incuestionable a partir de sus propios presupuestos, resultará difícil cuando no imposible. Y ello porque en aquellas relaciones de carácter más vertical y desigual no está nada claro que el polo mejor situado ceda parte de su posición en beneficio del otro polo. E, incluso, no es nada fácil imaginarse que la construcción lingüística que da sentido a la relación permita, si un elemento externo no lo promueve, generar cambios importantes en el equilibrio interno. Con lo que el supuesto antiesencialista relacional puede acabar por convertirse en una sustancialización de la relación que fije a cada parte en su posición de partida. Para que los cambios tengan lugar, es necesario, en primer lugar, que la relación sea en efecto una construcción social, lo que implica que los partícipes no lo hacen a partir de una situación *ex novo*, sino de condiciones ya dadas. Y, en segundo lugar, si se quiere que la relación sea diferente de cualquier forma de esencialismo, ha de otorgarse a todos los partícipes las misma oportunidades, más allá o más acá de los términos heredados que marcan la dinámica concreta de la relación. Es en este punto donde tiene una extraordinaria fecundidad teórica el concepto "vida activa" acuñado por H. Arendt.

Arendt parte de presupuestos afines a los de la postmodernidad (no en vano fue discípula de Heidegger): no existe una esencia humana sino tan sólo una condición humana que se va creando en una relación de reciprocidad con el mundo objetivo. Pero aquí empiezan ya sus diferencias respecto de la postmodernidad, al reconocer que este mundo objetivo existe (es algo más que una mera representación cultural) y que de él depende nuestro modo de ser.

Pero tal mundo no nos condiciona de manera absoluta, puesto que podemos recrearlo. Ello es posible si somos capaces de trascender la dimensión de la vida regida por la necesidad. Esta necesidad no es

otra que la que corresponde a la supervivencia individual y colectiva; la reproducción biológica y la satisfacción de necesidades materiales. Dos ámbitos a los que Arendt denomina "labor" y "trabajo". "Labor" corresponde a los procesos biológicos del cuerpo-humano y constituye la vida misma. El "trabajo" ya no forma parte de la naturaleza humana, y de él se deriva un mundo "artificial" superpuesto al natural. Ambas dimensiones son, para Arendt, reductos en donde la libertad no es posible. Y las dos han formado parte siempre del mundo privado, de la familia y de la intimidad. Pues bien, es a ambas dimensiones a las que históricamente se ha reducido la existencia de la mujer. Primero en la esfera de la labor, hoy también en la del trabajo. Pero limitadas sólo a ellas, resulta difícil que las mujeres puedan conseguir libertad y condiciones que les permitan un pleno desarrollo de su condición humana. Para lograrlo necesitan acceder a la "vida activa".

¿En qué consiste esta peculiar forma de vida? En participar en interacciones sociales en las que no median ni necesidades ni realidades materiales condicionantes, de manera que permitan la expresión de la pluralidad del ser humano. Es el tipo de situación y de existencia que hace posible que cada uno pueda ser un sí mismo y, por tanto, tomar iniciativas creadoras. De ahí que el ámbito por excelencia de la vida activa lo sea el ámbito público y el de la vida política (no entraré aquí en otras consideraciones acerca de las características específicas de los mismos en nuestra sociedad, pero conviene entender el ámbito público como más amplio que la política y por tal razón los separo). Es en tales esferas donde resulta factible, además, la producción de realidades materiales que proporcionan al ser humano un cierto sentido de inmortalidad al dejar tras de sí huellas imperecederas.

Las mujeres, como los hombres, no pueden desentenderse ni de la "labor" ni del "trabajo", puesto que son requisitos imprescindibles para la vida misma. Pero hasta que ellas no consigan trascender las esferas de estas dos dimensiones, sus vidas no habrán ido más allá de la mera satisfacción de necesidades y, por lo mismo, no habrán tenido acceso ni a la consecución de una vida propiamente humana, ni a conseguir una individualidad libremente elegida y desarrollada. Si el repliegue familiar intimista conduce a un tipo de mujer de carácter esencialista, la incorporación a la vida activa transciende la feminidad para proporcionarle una condición humana. Si lo primero, como señala Arendt, aproxima la situación de la mujer a formas de vida que implican esclavitud (a

la necesidad), lo segundo le proporciona libertad y desvinculación de cualquier identificación reduccionista. Reduccionismo que, por cierto, vemos emerger en no pocas reflexiones postmodernas, que no parecen destinarse a proporcionar la libertad creadora y electiva de la "vida activa" sino a reemplazar un tipo de mujer (la denostada mujer moderna) por otro (la tradicional de las identidades culturales, o la oriental como alejada de la racionalidad occidental, o la mujer sáfica). Con ello, en definitiva, en vez de propiciar que las propias mujeres (no como categorías, sino reales y, por ello mismo, irrenunciablemente individuales y al mismo tiempo inmersas en la acción social) decidan sobre sus destinos, lo que se hace con ellas es disolverlas en entelequias colectivas y en modelos alejados de la realidad que no contribuyen sino a mantenerlas apegadas al mundo de la necesidad.

Ahora bien, la plena incorporación de las mujeres a la "vida activa", en la que conjuntamente con otras personas desarrollarán su condición humana, está plagada de dificultades. La primera de ellas reside en reducir sus posibilidades a la mera incorporación al mundo del trabajo. En una sociedad en la que el trabajo es además escaso y precario, puede concentrarse todo el esfuerzo de las mujeres en este plano, que aunque necesario es insuficiente para acceder a una existencia plena. La segunda dificultad reside en confundir los objetivos a medida que se accede a la "vida activa". Así, conforme las mujeres van incorporándose a los circuitos sociales que pueden proporcionarles mayor libertad de decisión (una mayor y mejor escolarización, una más adecuada preparación para la vida fuera del hogar), existen presiones sociales para desplazar todas estas posibilidades al ámbito de la identidad personal antes que al de su proyección social. La tercera dificultad reside en los criterios valorativos dominantes, que presentan el espacio público como un medio degradado y, por lo mismo, a evitar. En contraposición, la sobrevaloración de la vida privada se hace acompañar de una cierta correspondencia con una personalidad femenina más enriquecida, como si entre ambas hubiera una circularidad que, a la postre, vendría a manifestar cuál es el mejor destino que se le puede dar a una mujer que ya no es tradicional: un hogar revalorizado; una familia convertida en centro de la existencia por haber desaparecido cualquier valor positivo fuera de ella. La cuarta dificultad tiene que ver con el indudable carácter relacional que acompaña a toda existencia: a medida que cualidades y rasgos que durante largo tiempo los hombres se reservaron como espe-

cíficos y hoy las mujeres han mostrado que están desligados de toda determinación sexual y no son sino el resultado de procesos y prácticas sociales, y que basta con tener acceso a los mismos para desarrollar aquellas características; a medida que, por tanto, hombres y mujeres dejaban de tener personalidades diferenciadas, ha surgido todo un amplio muestrario de teorías *ad hoc* que afirman la falta de relevancia de esas cualidades para el desarrollo personal y sobre todo para la incorporación al ámbito público.

Es lo que acontece con los cantos laudatorios a los sentimientos, a la inteligencia emocional, a la sensibilidad y otros aspectos que, sin negar su más que lógica importancia, se contraponen a la inteligencia, la racionalidad o el espíritu de logro. Nadie sostiene ahora que la distribución de estos atributos sigue el dualismo sexual, porque choca frontalmente con lo "políticamente correcto" y con evidencias difícilmente cuestionables. Sin embargo, el razonamiento es ahora más sutil: unos rasgos producen personalidades integradas, consistentes y satisfechas consigo mismas (es el caso de la mujer que decide no salirse de cualidades que por siempre fueron suyas), mientras que los otros sólo sirven para una identidad personal precaria y una vida social carente de sentido. Esta nueva retórica, que nos habla de una modernidad decepcionante creada por hombres sin atributos que deben continuar encerrados en su lógica fatal, y de un mundo interior pleno de sensaciones y finuras que tan sólo las mujeres son capaces de desarrollar y de conservar (con tal de no caer en la tentación de la fatídica racionalidad masculina), es una de las añagazas mejor tendidas por los hombres a las mujeres, las cuales acaban mordiendo el anzuelo asumiendo como propia una racionalidad que en casi nada les beneficia. Todas las lamentaciones que hoy se escuchan de la crisis de la identidad masculina son preferentemente elaboraciones de mujeres que, curiosamente, sacan a relucir viejas y nuevas ideologías de marcado carácter biologista para subrayar la inferioridad masculina, si bien tal cosa no es obstáculo para seguir dejando en sus manos el mundo de las decisiones. Desde mi punto de vista, hay una retirada estratégica de los hombres en el plano psicológico; y no por inferioridad natural ni porque consideren que se trata de una batalla perdida frente a las mujeres, sino porque el abandono de ese espacio les permite reforzarse en el que verdaderamente les importa (¿porque es el importante?).

Este conjunto de dificultades nos encamina a un punto no resuelto y conflictivo de carácter nuevamente relacional. El equilibrio sexual necesario y sustantivo es el que afecta al plano público de la vida, aquel en el cual se construye el mundo objetivo a partir de subjetividades con libertad para decidir sobre su propia vida. Pero este reequilibrio requiere superar no sólo las dificultades apuntadas, sino también haber resuelto previa y satisfactoriamente las necesidades biológicas y materiales, esto es, la reproducción y la supervivencia. Y esta resolución, para que permita la igualdad sexual (que no es homogeneización de hombres y mujeres, sino libertad de opciones sin mediación sexual), pasa también por el reequilibrio en la vida familiar y en la del trabajo. Problemas no ciertamente fáciles, pero que pueden resolverse siempre y cuando la pluralidad de opciones, que es la característica de la condición humana, encuentre también su desarrollo en el ámbito privado. Con la excepción de la natalidad, no hay ningún otro rasgo que pueda atribuirse a un sexo o a otro. Por lo demás, en el trabajo la mujer no puede seguir siendo una fuerza productiva, como acontece principalmente en el sector privado, cada vez mejor cualificada y, sin embargo en condiciones salariales y profesionales abiertamente desiguales respecto del hombre.

Mas el verdadero campo de Agramante sigue siendo el de la inserción de las mujeres en el espacio público. Aquí ha tenido lugar un proceso de gran ambivalencia, algunas de cuyas consecuencias comienzan a percibirse ya. En efecto, la acción combinada de prácticas diversas que han sacado a la mujer del recinto del hogar se ha traducido en la ruptura del viejo esquema de la naturaleza femenina unitaria (eso sí, a condición de permanecer circunscrita al mundo de la subjetividad). Ciertamente que si algo han mostrado las mujeres es que han sido capaces de desarrollar una identidad más coherente que el hombre, pero ello no lo han hecho por razones de índole natural, sino porque han amalgamado en una nueva realidad propiedades del universo cultural tradicional con los logros recientes derivados de su penetración en los escenarios largamente reservados a los hombres. Todo ello se ha expresado no en la creación de una personalidad femenina homogénea con la del hombre, sino en algo más fructífero: una gran diversidad de personalidades, en las que rasgos viejos y nuevos se combinan en una heterogeneidad de tipos de humanidad. Este carácter expansivo de las mujeres no ha tenido el mismo signo en los hombres, que, en cuanto a personalidad se refiere, más bien han retrocedido defensivamente, aban-

donando aquellos aspectos que progresivamente las mujeres han alcanzando.

Esta mayor amplitud de sus oportunidades vitales plantea a la mujer nuevos desafíos. El principal de ellos es sin duda el de la lógica proyección de una mayor riqueza personal en el ámbito del mundo objetivo. Pero es en éste, como señala toda la información disponible, donde las posibilidades de avance se minimizan o ralentizan y los obstáculos se presentan con una extraordinaria resistencia. Ello ha provocado respuestas diversas. La primera y aún dominante en las sociedades más modernas consiste en la presión que las propias mujeres ejercen para no sólo incorporarse a ese mundo objetivo-público, tan celosamente protegido por los hombres, sino también para transformarlo. Pero cuando las defensas son difíciles de franquear, el único camino que a algunas mujeres les queda es el de aprovechar los mínimos resquicios y utilizar la misma lógica masculina.

Hay una segunda respuesta, de naturaleza más perversa, ya que actúa de manera que devalúa y deslegitima las propias adquisiciones que las mujeres han ido consiguiendo al disponer de ámbitos de desarrollo personal más abiertos y plurales que los tradicionales. En este caso, tales adquisiciones se descalifican por partida doble. Porque las aspiraciones de las mujeres por dotarse de estructuras personales más consistentes son ilusorias, dado que la personalidad no existe (en su lugar sólo habría retazos fragmentarios de existencia). Y porque incluso ese *puzzle* existencial llamado personalidad sólo sería una trampa del mundo objetivo y de sus diversos mecanismos de poder. Si esta ideología se propaga (y hay datos que permiten sostener que lo está haciendo eficazmente, sobre todo en sociedades menos modernas), las mujeres pueden acabar por abandonar las redes institucionales que les permitirían acceder a la pluralidad de opciones vedadas por la tradición. Y con ello acabarían renunciando a hacer posible no sólo su definitiva inserción en el mundo objetivo, sino sobre todo la reconciliación de este último con el subjetivo.

Este destejer lo ya conseguido (cual Penélope atrapada en sus propias redes) es lo que en gran parte propugna la postmodernidad. Al hacerlo no entra en colisión con la modernidad tratando de superarla, sino simplemente de evitarla. Y en su lugar, ¿qué queda? El reino seguro por conocido del mundo tradicional de los sentimientos, situación que no es incompatible con el hecho de que algunas mujeres puedan

dejarlo y acceder a posiciones similares a las del hombre (no menos tradicional). De ahí que, frente a la mujer moderna que camina por la senda de la igualdad, la postmodernidad nos hable de mujeres carismáticas. Este nietzscheanismo no siempre confesado puede resultar atractivo, pero es indudable que para las mujeres tiene efectos devastadores. Dada la imposibilidad para la mayoría de ellas de alcanzar tal carisma en el ámbito público, tendrían que abandonar toda esperanza de hacer efectivas sus posibilidades de elección porque realmente sólo tendrían un camino: el retorno al lugar en el que al parecer encuentran su más lograda inserción y del que tal vez nunca debieron salir. Un lugar en el que no tendrán que invocar ninguna moral igualitaria porque en él serían superiores al hombre. Un lugar, en definitiva, en el que se verían liberadas del nefasto propósito de apropiarse de una racionalidad (la de la modernidad masculina) que no es suya y de la que sólo se derivarían pérdidas para su naturaleza más genuina.

Con lo que las mujeres de hoy han de habérselas con una doble dificultad en el proceso de obtención de su condición humana: una bien real, asentada en los múltiples mecanismos institucionales que hacen difícil su incorporación al mundo objetivo, impidiéndoles así la liberación de los ámbitos de la necesidad. La otra menos visible, pero más sutil, ya que sigue la lógica desconstruccionista de disolver los apoyos teóricos e ideológicos que otorgaban un sentido a las luchas y proyectos de la mujer. De ahí que, ante tales incertidumbres y contradicciones, se observen ya movimientos de una cierta importancia que vuelven al reino de los valores perdidos. El reino de la naturaleza que se sitúa de nuevo en la familia, que como siempre ha de ser matricéntrica. Y puesto que no hay más progreso moral que aquel que hace aumentar la sensibilidad, las mujeres no necesitan progresar, puesto que ellas son la sensibilidad. Simmel elaboró un análisis sobre la mujer que condensa gran parte del pensamiento tradicional, pero que tenía la suficiente ambigüedad como para trascenderlo, al insistir en la necesidad de la reconciliación de cultura objetiva y subjetiva. La postmodernidad se sitúa más allá del discurso simmeliano y deshace cuanto se había avanzado desde entonces. En esto, como en tantas otras cosas, la postmodernidad es deudora de una visión cíclica del tiempo social. Pero es muy probable que en este punto las mujeres sean mucho más modernas de lo que se cree y consigan dar por definitivamente enterrada la mística del eterno retorno.